

EL TREN

Guy Vargas



Capítulo 1

“Tiene pinta de que hoy va a ser un día extraño, no le parece?”

Un gato me hablaba.

Un gato de pelo negro ojos brillantes como dos lunas llenas en la noche.

Me dijo esas palabras con un tono amistoso y una voz suave y carismática.

Estaba un poco aturdido, no era el tipo de cosas que me solían pasar. En cambio, no me sentí angustiado por la anormalidad de la situación. Llevaba ya un tiempo en un proceso de atrofia sensorial y social. Quiero decir que cada día interactuaba menos con el mundo que me rodeaba, me retractaba en una rutina totalmente vacía y absurda. Y aquel día, de camino al trabajo, me habló un gato. Se había subido a un muro y más o menos estaba a mi altura. Me miraba intensamente. Antes de que consiguiese formular una respuesta, el gato ya se había ido, saltando y corriendo con la agilidad característica de su especie.

El gato tenía razón. Esta mañana amanecía un día extraño. El cielo presentaba tonos diferentes de gris, una ligera brisa caliente procedente del sur hacía volar hojas y otros objetos a su antojo. El aire era eléctrico.

Caminaba despacio, como cualquier otro día, la cabeza agachada, mirando al suelo. Pero aquel día, esa postura no significaba resignación o sumisión. Tras mi extraño encuentro, me sentía diferente, y aquella postura significaba reflexión. Profunda y crítica reflexión. Ir al trabajo me parecía algo inconcebible. No me veía seguir ni un día más de esa manera. Tenía que romper ese mecanismo de mediocridad y pasividad en el que me había instalado. Alcé la cabeza y apresuré el paso. Seguía caminando, acelerando mi zancada, conquistando con mis pasos cada metro de la acera. Avanzaba ferozmente, pero sin rumbo. El azar me guiaba. Giraba, seguía recto, tomaba tal o tal calle de manera totalmente aleatoria. Al cabo de una carrera infernal, llegué a la estación de trenes.

No sabía decir con exactitud cuánto tiempo hacía que no había pisado una estación de trenes. Años, sin duda. Recuerdo que, siendo joven, me gustaba esperar y ver pasar a la gente en los andenes.

Despedidas, reencuentros. Amor, lágrimas y sonrisas. Todos estos elementos mezclados con un toque de melancolía, de suave tristeza, que otorgaba a las estaciones de tren, la capacidad de hacer empatizar, de hacer sentir algo más.

Entré en el vestíbulo de la estación y tan solo sentí un intenso frío recorrer todo mi ser. Todo era gris, todo parecía vacío, sin sentido. Un sentimiento opuesto al que sentía de joven se había apoderado de mí. Contadas personas estaban diseminadas en todo el hall, vagando, sin que supresencia resalte en absoluto. Sin embargo, una melodía me llamó la atención. Reconocí el sonido de un piano. En un extremo del hall de la estación, un joven estaba sentado ligeramente encorvado hacia delante y tocaba.

Me acerqué despacio. El joven no debía de tener más de diez y ocho años. Su ropa, demasiado pequeña, era vieja y sucia. Tenía los rasgos marcados del que vive en condiciones difíciles. Los rasgos del que ha vivido cosas duras toda su vida, lejos de la facilidad y de la comodidad. En cambio, su cara transmitía una serenidad insospechable. Tocaba el piano con virtuosidad, sus dedos cabalgaban entre las teclas con pasión y emoción. Me concentré en la música. La suma de las notas formaba una melodía que me transmitía un sentimiento de tristeza insoportable. Era como el llanto de un ser querido, como el tiempo que pasa sin piedad, como el olvido. Escuchar esa melodía era a la imagen de mi vida. Era como estar perdido en el limbo, sin voluntad, sin destino, sin luz, sin ninguna esperanza. Todo, absolutamente todo, en vano.

La mente ahogada en el montón de emociones que me había producido la música, llegué al andén.

Al cabo de unos minutos se acercó un tren, y, sin ni si quiera saber cuál era su destino, me subí.

Tampoco tenía título de transporte. No me había parecido necesario comprar uno pues no tenía intención de ir a ninguna parte. El hecho de subirme al tren fue un acto mecánico. Al igual que mis pasos me habían llevado hasta la estación.

El tren tenía un aspecto antiguo. Era un viejo tren a vapor con locomotora. El tipo de trenes que ya no circulan desde cierto tiempo. Una vez dentro, avancé en el pasillo central en busca de un sitio.

No había mucha gente y las pocas personas presentes estaban absolutamente cortadas del mundo, cada una con la mirada perdida en una pantalla, cada una a miles de kilómetros de la otra. Me senté en uno de los sillones pegado a la ventana. Noté como el tren arrancaba despacio, acelerando poco a poco.

La cabeza apoyada en el cristal de la ventana observaba los paisajes que desfilaban cada vez más rápidamente. Me sentía relajado. La monotonía del ruido de la locomotora me adormecía. Cerré los ojos y volví a escuchar la melodía del joven pianista. Muy lejos. Como si estuviera a cientos de kilómetros. Empezó a llover. Las espesas y siniestras nubes grises

absorbían absolutamente todos los rayos de luz solar. Caían finas gotas de agua, sin ruido, como un llanto silencioso.

Lentamente, la urbanización se intensificó. Grandes edificios iban apareciendo. Gris, gris, gris.

Ningún color. Solo gris. Como una roca carente de vida. Nos acercábamos cada vez más del cúmulo de residencias, oficinas e infraestructuras y noté un aspecto particularmente desolante; todo estaba en ruinas. Ningún rasgo de cualquier forma de vida. Solamente monstruos de hierro y hormigón totalmente abandonados se erguían, lúgubres. Desde las ventanas de los inmuebles, se podía contemplar la más terrible oscuridad de sus interiores. Volví a cerrar los ojos, deseando que el tren se aleje de ese lugar de damnación. Y efectivamente, al abrir los ojos unos minutos después, vi que el tren ya distanciaba las ruinas y que el cielo se esclarecía a lo lejos.

El tren iba dejando atrás al escalofriante conjunto de edificios para adentrarse en inmensos campos de flores y hierba fresca. Los rayos del sol iluminaban aquel retrato de la primavera hasta pérdida de vista. Se notaba como un suspiro de jovialidad dentro del vagón. Los otros pasajeros miraban por la ventana y sus caras ya no daban la impresión de estar herméticamente cerradas. Incluso un semblante de sonrisa parecía dibujarse en sus caras. Mi mirada se volvió a dirigir hacia fuera. El verde y el azul daban una sensación de infinito hasta unirse en el horizonte. Miré hacia delante para ver la dirección que tomaba el tren. Constaté, ligeramente asustado, que la tierra firme se acababa.

Los inmensos campos verdes terminaban súbitamente. Dejando lugar al mar. Sin embargo, algo me llamó la atención. No muy lejos del borde de lo que parecían ser acantilados, se juntaban media docena de personas.

Llegando a la altura de los que parecían ser futuros pasajeros, constaté con gran confusión que las vías del tren seguían siempre rectas. Seguían por encima del mar, despreocupándose por completo de la ley de la gravedad. Los nuevos pasajeros se adentraron en el vagón. Todos vestían ropa fuera de lo común, de todos los colores. Algunos llevaban grandes sombreros. Otras capas, plumas o cualquier accesorio que llamaría la atención en el lugar en el que vivo. Sin embargo, vestían de aquella manera sin dar la impresión de ser algo anormal para ellos. Llevaban esa ropa con la descontracción que otorga la naturalidad.

Los nuevos pasajeros hablaban y reían entre ellos. Pero a medida que el tren avanzaba por encima del vacío, sus voces se hacían más escasas, cada uno miraba impresionado por la ventana, viendo de qué manera nos alejábamos de la tierra firme para adentrarnos en la infinidad de la superficie del mar. El tren tomaba cada vez más velocidad. Aceleraba con una determinación imparable. Eché una ojeada fuera y vi que las vías del

tren habían desaparecido. Lo que en primer lugar había sido un leve temor, se convirtió en angustia. Tenía los ojos cerrados, apretaba con fuerza los reposabrazos.

Todos mis músculos estaban en tensión, los latidos de mi corazón aceleraban al igual que el tren.

La molesta sensación de caída me invadió. Pero no era como esperaba. La caída se hacía más brutal, parecía que seguíamos tomando velocidad. Abrí los ojos y miré una vez más por la ventana. El tren seguía su imparable ruta, pero esa vez, hacia el mar. No estábamos cayendo. Las vías del tren no desaparecían. Las vías del tren se dirigían en dirección del mar. Nos íbamos a hundir. Observé a los demás pasajeros, con la intención de compartir mi terror con alguien más. Pero todos estaban sonrientes, totalmente serenos.

Estaba convencido de que el choque contra el agua iba a ser brutal. Pero no hubo ningún impacto.

El agua formó como una especie de túnel alrededor del tren. Estábamos por debajo del mar, espectadores de su interior. Centenares de animales marinos nos rodeaban. De todos los colores, de todas las especies. Algunos curiosos, se acercaban a las ventanas. Otros asustados, se alejaban con pánico. Incluso noté que algunos parecían no vernos y seguían su ruta sin preocuparse de nosotros.

Miraba por la ventana impresionado por la belleza y la multitud de seres y formas que se sentaban ante mí. Miré alrededor mío y todos estaban pegados a los cristales al igual que yo, deleitándose del espectáculo. El tren iba cada vez más profundo y la luminosidad se hacía más escasa. Las formas se discernían difícilmente y el ambiente que nos rodeaba se hacía cada vez más opresivo, frío y oscuro. De repente una forma inmensa se acercó a nosotros. Una ballena. Una ballena mucho más grande que lo establecido. La ballena venía en paz y nos acompañó a medida que nos adentrábamos en el océano. No transmitía ningún sentimiento de peligro, al contrario, más bien parecía que ella nos protegía, cual hermana mayor. Entonces empezó a cantar. El sonido característico de las ballenas. Un sonido que eleva y que hace viajar en lo más profundo del universo. Un sonido que trasciende el alma humana.

Una extraña luz empezó a modificar nuestro entorno. Una luz azulada, como una noche cuya luna ilumina el mundo. Fue cuando de repente, todo cambió. Ya no nos encontrábamos bajo el mar.

Estábamos en el espacio. Entre planetas, estrellas, cometas y.... ballenas. A pérdida de vista, ballenas volaban con fineza y serenidad. Miré a los demás. Estaban todos extasiados, y al mismo tiempo les notaba un poco impacientes. Rápidamente entendí por qué. El tren desapareció y todos

nos encontramos levitando en el espacio. En una noche eterna y luminosa, flotando entre las estrellas y las ballenas. Era algo que habría sido totalmente imposible de concebir o de imaginar antes de subirme a aquel tren. Pensé que probablemente había muerto y que eso era el paraíso. En todo caso estaba aquí, entre gente que no conocía de nada pero que bañaba en la misma armonía que yo. Éramos una sensación, simplemente. Nuestro cuerpo, nosotros mismos, nuestra identidad, no contaba, sólo éramos ese estado de éxtasis y placidez. Algunos se acercaban a las ballenas, otros se reían ruidosamente y otros se abrazaban con un amor infinito. Unas personas se desnudaron e hicieron el amor, con pasión y ternura. Yo tan sólo era un espectador y me delectaba de tanta comunión de personas que al igual que yo, habían escapado de un mundo mecánico para ver y sentir algo más.

Una ballena se paró justo en frente de mí. No sé exactamente si me miraba, pero sabía que quería algo. Me agarré como pude a ella y me llevó. Me llevó a un planeta muy pequeño, muy parecido al planeta Tierra. Con pequeños mares, pequeños ríos, pequeños bosques y montes. Se podía dar la vuelta a mi mundo en poco tiempo.

Pasaron años. No lo sé exactamente, pero fue mucho tiempo. Viví en mi pequeño planeta sin ningún tipo de problema. Todos los días me encontraba con los demás, los que vinieron conmigo. Pero también con los que vinieron después, y los que vinieron antes. Yo seguía igual de extasiado al ver la infinitud que se ofrecía a mí en cualquier momento. Infinitud de posibilidades y visiones, de personas y sensaciones. Todo era posible. Era una sensación de enamoramiento constante. Todo era simple. Todo lo que constituía ese universo era amor. Una persona, una energía, un Dios, una materia, simplemente una Idea. No lo sé. Ninguno, todos a la vez. Nada me había preparado para eso y aquí estaba, en un estado de semi consciencia que me había hecho olvidar quien era y de dónde venía. Simplemente era eslabón más en esa gran cadena del universo, me sentía en mi lugar.

"Vuestro ticket por favor." Un nudo en la garganta. Una presión en el pecho. Un escalofrío.

No. No podía ser. Todo era real. Yo no podía estar aquí ahora. Yo no podía ser yo en ese momento, en ese lugar. Yo no debía existir en este mundo. Yo sólo podía existir en mi pequeño mundo, en mi universo.

"Señor, vuestro ticket." ¿Todo había sido un sueño? No podía ser, había durado una vida entera. Me acordaba de todo, de las sensaciones, de las emociones. Todo debía tener una explicación.

Pero de repente, empecé a experimentar una sensación extremadamente desagradable. Notaba algo parecido a si me cortasen lentamente un miembro. Notaba una parte esencial de mí ser separarse del resto. En

efecto, mi recuerdo de lo que pensaba que había sido mi vida, se desvanecía lentamente.

Pero no lo suficiente como para olvidarme del todo. Tenía alguna imagen borrosa, permanecía una impresión. Pero nada claro. Era como el síndrome del miembro fantasma, pero con mi memoria.

“¿Señor, tiene usted su ticket?” Me levanté y me bajé del tren. Oí un silbido y el tren se marchó. ¡Cuál fue mi sorpresa al encontrarme de nuevo con los gigantes de hormigón! Ese espectáculo de desolación me parecía familiar, incluso amigable. Así era yo por dentro. Amputado, vacío, sin ningún rastro de esperanza, tan sólo las ruinas de un ideal perdido. Empecé a oír una melodía. Una melodía que ya había escuchado. Una melodía profundamente triste. Una tristeza que ahogaba cualquier forma de vida.

Sin embargo, algo me empujaba a seguir los pasos del tren. A no quedarme aquí y dejarme morir observando mis ruinas.

Caminé mucho tiempo, sin cesar en ningún momento, en la oscuridad, acompañado por la melodía.

Poco a poco, vi algo que me extrañó. Algo que no recordaba. Eran colores. Azul y verde. El cielo y prados de hierba. Era un paisaje que me resultaba familiar. Como si ya hubiese estado aquí. Y sin dudarlo, seguí adelante.

Tras un largo camino, advertí como la melodía se hacía más discreta. Y no sólo noté eso. También noté unas siluetas. A medida que iba acercándome, las discernía mejor y pude ver cómo iban vestidos. Con sombreros, capas y plumas de todos los colores. No recordaba haberles visto nunca, pero sabía que eran mi familia, mis amigos. Supe que pertenecían a mi mundo.